P. Raniero Cantalamessa ofmcap

«DIOS ENVIÓ A SU HIJO

PARA QUE RECIBIÉRAMOS LA ADOPCIÓN FILIAL»

Primera predicación de Adviento 2021

La pasada Cuaresma traté de resaltar el peligro de vivir «etsi Christus non daretur», «como si Cristo no existiera». Continuando en esta línea, en las meditaciones de Adviento quisiera llamar la atención sobre otro peligro similar: el de vivir «como si la Iglesia fuera sólo esto», es decir, escándalos, controversias, choque de personalidades, chismes o a lo sumo algún mérito en el campo social. Dicho brevemente, cosa de hombres como todo lo demás a lo largo de la historia.

Lo que me propongo es resaltar el esplendor interior de la Iglesia y de la vida cristiana. No para cerrar los ojos a la realidad de hecho o para eludir nuestras responsabilidades, sino para afrontarlas en la perspectiva correcta y no dejarnos aplastar por ellas. No podemos pedir a los periodistas y a los medios de comunicación que tomen en cuenta cómo la Iglesia se interpreta a sí misma (aunque sería deseable que lo hicieran), pero lo más grave sería si también nosotros hombres de la Iglesia y ministros del Evangelio termináramos perdiendo de vista el misterio que habita la Iglesia y nos resignáramos a jugar siempre fuera de casa, fuera de campo y a la defensiva.

«Tenemos este tesoro en vasijas de barro», escribió el Apóstol hablando del anuncio evangélico (2 Cor 4,7). Sería tonto pasar todo el tiempo discutiendo la «vasija de barro», olvidando «el tesoro». El Apóstol nos ayuda a captar incluso lo positivo que existe en semejante situación. Esto, dice, sucede «para que aparezca que este poder extraordinario pertenece a Dios, y no viene de nosotros» (2 Cor 4,7).

Sucede con la Iglesia como con las vidrieras de una catedral. (Lo experimenté al visitar la de Chartres). Si uno mira las ventanas desde el exterior, desde la vía pública, uno ve solo pedazos de vidrio oscuro unidos por tiras de plomo igualmente oscuras. Pero si se entra dentro y se miran esas mismas vidrieras a contra luz, ¡qué esplendor de colores, de historias y de significados ante nuestros ojos! Aquí nos proponemos mirar a la Iglesia desde dentro, en el sentido más fuerte de la palabra, a la luz del misterio del que ella es portadora.

En la Cuaresma, nos sirvió de guía el dogma calcedoniano de Cristo, verdadero hombre, verdadero Dios y una persona. En el presente nos servirá de guía uno de los textos litúrgicos más típicos del Adviento, es decir, Gálatas 4,4-7. Dice:

Cuando llegó la plenitud del tiempo, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que estaban bajo la ley, para que recibiéramos la adopción filial. Como sois hijos, Dios envió a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que clama: *«¡Abba,* Padre!». Así que ya no eres esclavo, sino hijo; y si eres hijo, eres también heredero por voluntad de Dios.

En su brevedad, este pasaje es una síntesis de todo el misterio cristiano. Está presente la Trinidad: Dios Padre, su Hijo y el Espíritu Santo; está la encarnación: «Dios *envió* a su Hijo»; todo esto no en abstracto y fuera del tiempo, sino en una historia de salvación: «en la plenitud del tiempo». Tampoco falta la presencia, discreta pero esencial, de María: «nacido de mujer». Finalmente está el fruto de todo esto: hombres y mujeres hechos hijos de Dios y templos del Espíritu Santo.

*¡Hijos de Dios!*

En esta primera meditación reflexionamos sobre la primera parte del texto: «Dios envió a su Hijo, para que recibiéramos la adopción filial». La paternidad de Dios está en el corazón mismo de la predicación de Jesús. Incluso en el Antiguo Testamento Dios es visto como padre. La novedad es que ahora Dios no es visto tanto como «padre de su pueblo Israel», en un sentido colectivo, por así decirlo, sino como el padre de cada ser humano, por justo o pecador que sea: por tanto, en un sentido individual y personal. Se preocupa de cada uno como si fuera el único; conoce las necesidades de cada uno, los pensamientos e incluso cuenta los pelos de la cabeza.

El error de la teología liberal, a caballo de los siglos XIX y XX (especialmente en su representante más ilustre, Adolf von Harnack), fue hacer de esta paternidad la esencia del Evangelio, prescindiendo de la divinidad de Cristo y del Misterio Pascual. Otro error (que comenzó con la herejía de Marción en el siglo II y nunca se superó por completo) es ver en el Dios del Antiguo Testamento a un Dios justo, santo, poderoso y atronador, y en el Dios de Jesucristo un Dios papá tierno, afable y misericordioso.

No, la novedad de Cristo no consiste en esto. Más bien, consiste más bien en el hecho de que Dios, permaneciendo como lo que era en el Antiguo Testamento, es decir, tres veces santo, justo y omnipotente, ¡ahora se nos da como papá! Esta es la imagen fijada por Jesús al principio del Padre Nuestro y que contiene *in nuce* todo lo demás: «Padre nuestro que estás en el cielo»: «que estás en el cielo», es decir, que eres altísimo, trascendente, que distas de nosotros como el cielo de la tierra; pero «padre nuestro», más aún, en el original «¡Abba!», algo similar a nuestro papá, mi padre.

Es también la imagen de Dios que la Iglesia puso al principio de su credo. «Creo en Dios, Padre todopoderoso»: padre, pero todopoderoso; todopoderoso, pero padre. Esto, por lo demás, es lo que todo hijo necesita: tener un padre que se incline sobre él, que sea tierno, con quien pueda jugar, pero que sea, al mismo tiempo, fuerte y seguro para protegerlo, para infundirle coraje y libertad.

En la predicación de Jesús comenzamos a vislumbrar la verdadera novedad que cambiará todo. Dios no es sólo padre en sentido metafórico y moral, en cuanto que creó y cuida de su pueblo. Él es también —y ante todo— el verdadero padre de un verdadero hijo que engendró «antes de la aurora», es decir, antes del principio del tiempo, y gracias a este único Hijo los hombres podrán llegar a ser también ellos hijos de Dios en un sentido real y no sólo metafórico. Esta novedad se desprende de la manera de Jesús de dirigirse a su Padre llamándolo Abba así como de palabras: «Nadie conoce al Padre sino aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar» (Mt 11,27).

Debe notarse, sin embargo, que en la predicación del Jesús terrenal aún no aparece toda la novedad que trajo en cuanto a la paternidad de Dios hacia los hombres. El ámbito de aplicación del título «Padre» sigue siendo el moral; es decir, sirve para definir la forma de actuar de Dios respecto de la humanidad y el sentimiento que los hombres deben alimentar respecto de Dios. La relación es de tipo existencial, aún no ontológica y esencial. Por eso hacía falta el misterio pascual de su muerte y resurrección.

Pablo refleja esta etapa post-pascual de la fe. Gracias a la redención obrada por Cristo y que se nos aplica en el bautismo, ya no somos hijos de Dios solo en sentido moral, sino también real y ontológico. Nos hemos convertido en «hijos en el Hijo»; Cristo se ha convertido en «el primogénito entre muchos hermanos» (Rom 8,29).

Para expresar todo esto, el Apóstol se sirve de la idea de adopción: «... para que recibiéramos la adopción filial», «Nos ha predestinado a ser sus hijos adoptivos» (Ef 1,5). Es sólo una analogía y, como toda analogía, insuficiente para expresar la plenitud del misterio. La adopción humana, en sí misma, es un hecho jurídico. El niño adoptado asume el apellido, la ciudadanía, la residencia de quien lo adopta, pero no comparte su sangre ni el ADN del padre; no ha habido concepción, dolores y parto. Este no es así para nosotros. Dios nos transmite no sólo el nombre de los hijos, sino también su vida íntima, su Espíritu que es, por así decirlo, su ADN. A través del bautismo, la vida misma de Dios fluye en nosotros.

En este punto, Juan es más atrevido que Pablo. Él no habla de adopción, sino de una auténtica generación, de nacimiento de Dios. Los que creyeron en Cristo «fueron engendrados por Dios» (Jn 1,13); en el bautismo se realiza un nacimiento «del Espíritu», se «renace de lo alto» (cf. Jn 3,5-6).

*De la fe al asombro*

Hasta aquí las verdades de nuestra fe. Sin embargo, no me quiero detener en ellas. Son cosas que conocemos y que podemos leer en cualquier manual de teología bíblica, en el Catecismo de la Iglesia Católica y en los libros de espiritualidad... ¿Qué es, entonces, lo diferente que nos proponemos con esta reflexión?

Para descubrirlo, parto de una frase de nuestro Santo Padre en la catequesis sobre la Carta a los Gálatas de la audiencia general del pasado 8 de septiembre. Después de haber citado nuestro texto sobre la adopción filial, añadía: **«**Nosotros, los cristianos, a menudo damos por sentada esta realidad de ser hijos de Dios. En cambio, es bueno recordar siempre con agradecimiento el momento en que lo fuimos, el de nuestro bautismo, para vivir con mayor conciencia el gran don recibido».

Este es nuestro peligro mortal: dar por descontadas las cosas más sublimes de nuestra fe, incluyendo la de ser nada menos que hijos de Dios, del creador del universo, del todopoderoso, del eterno, del dador de la vida. San Juan Pablo II, en su carta sobre la Eucaristía, escrita poco antes de su muerte, hablaba del «asombro eucarístico» que los cristianos deberían redescubrir[[1]](#footnote-1). Lo mismo debemos decir de la filiación divina: pasar de la fe al asombro. Me atrevo a decir: ¡de la fe a la incredulidad! Una incredulidad muy especial: la del que cree, sin poderse capacitar de lo que cree, pues le parece algo enorme e impensable.

De hecho, ser hijos de Dios comporta una consecuencia que apenas se atreve uno a formular, tan vertiginosa es. ¡Gracias a ella, la brecha ontológica que separa a Dios del hombre es más pequeña que la brecha ontológica que separa al hombre del resto de la creación! Sí, porque por gracia llegamos a ser «partícipes de la naturaleza divina» (2 Pe 1,4).

Un ejemplo servirá mejor que muchos razonamientos para entender lo que significa no dar por descontado el ser hijos de Dios. Después de su conversión, santa Margarita de Cortona pasó un período de terrible desolación. Dios parecía enojado con ella y a veces la hacía recordar, uno por uno, todos los pecados cometidos en sus mínimos detalles, haciendo que deseara desaparecer de la faz de la tierra. Un día, después de la comunión, una voz se elevó de repente dentro de ella: «¡Hija mía!» Ella, que se había resistido a la visión de todas sus faltas, no pudo resistir la dulzura de esta voz, cayó en el éxtasis y durante el éxtasis los testigos presentes la escucharon repetir fuera de sí por el asombro:

Soy su hija, él lo ha dicho. ¡Oh dulzura infinita de mi Dios! ¡Oh palabra tan largamente deseada! ¡Tan insistentemente pedida! ¡Palabra cuya dulzura supera toda dulzura! ¡Océano de alegría! ¡Hija mía! ¡Lo ha dicho mi Dios! ¡Hija mía![[2]](#footnote-2).

Mucho antes de santa Margarita, el apóstol Juan había experimentado esta misma fulguración: «Mirad —escribía—, qué amor tan grande ha tenido el Padre con nosotros para ser llamados hijos de Dios. ¡Y realmente lo somos!» (1 Jn 3,1). Una frase, esta, que claramente hay que leer con un signo de exclamación.

*Desatando el propio bautismo*

Por qué es tan importante pasar de la fe al asombro, de la fe creída (la *fides quae*) a la fe creyente (*fides qua*)? ¿No es suficiente creer? No, y por una razón muy simple: ¡porque esto —y solo esto—,cambia realmente la vida!

Tratemos de ver cuál es el camino que lleva a este nuevo nivel de fe. El Santo Padre —hemos escuchado—, invitaba a volver al propio bautismo. Para entender cómo un sacramento recibido hace tantos años, a menudo al comienzo de la vida, puede volver repentinamente a revivir y liberar energía espiritual, es necesario tener presentes algunos elementos de teología sacramental.

La teología católica conoce la idea de sacramento válido y lícito, pero «atado». El bautismo es a menudo un sacramento atado. Un sacramento se dice «atado» si su fruto permanece atado, no utilizado, por falta de ciertas condiciones que impiden su eficacia. Un ejemplo extremo es el sacramento del matrimonio o del orden sagrado recibido en estado de pecado mortal. En estas condiciones, tales sacramentos no pueden conferir ninguna gracia a las personas. Sin embargo, una vez eliminado el obstáculo del pecado con una buena confesión, se dice que el sacramento revive (*reviviscit*) gracias a la fidelidad e irrevocabilidad del don de Dios, sin necesidad de repetir el rito sacramental [[3]](#footnote-3).

El caso del matrimonio o del orden sagrado es, decía, un caso extremo, pero son posibles otros casos en los que el sacramento, aun no estando del todo atado, tampoco está completamente disuelto, es decir, libre de obrar sus efectos. En el caso del bautismo, ¿qué hace que el fruto del sacramento permanezca atado? Los sacramentos no son ritos mágicos que actúan mecánicamente, sin el conocimiento del hombre, o prescindiendo de toda colaboración. Su eficacia es fruto de una sinergia, o colaboración, entre la omnipotencia divina (concretamente: la gracia de Cristo o el Espíritu Santo) y la libertad humana.

Todo lo que en el sacramento depende de la gracia y de la voluntad de Cristo se llama «la obra realizada» (*opus operatum*), es decir, una obra ya realizada, fruto objetivo e indefectible del sacramento, cuando se administra válidamente; todo eso, en cambio, que depende de la libertad y de las disposiciones del sujeto se llama «la obra que hay que realizar» (*opus operantis*), es decir, la obra a realizar, la contribución del hombre.

La parte de Dios o la gracia del bautismo es múltiple y muy rica: filiación divina, remisión de los pecados, morada del Espíritu Santo, virtudes teologales de fe, esperanza y caridad infundidas en germen en el alma. ¡La contribución del hombre consiste esencialmente en la fe! «El que cree y se bautice se salvará» (Mc 16,16). Hay un sincronismo perfecto entre la gracia y la libertad; sucede como cuando los dos polos, positivo y negativo, se tocan entre sí y así liberan la luz.

En el bautismo recibido de niños (pero también en el recibido de adultos, si no ha ido acompañado por íntima convicción y participación), falta este sincronismo. No se trata de abandonar la práctica del bautismo de los niños. La Iglesia siempre lo ha practicado y defendido justamente, viendo en el bautismo un don de Dios, incluso antes que fruto de una decisión humana. Más bien, se trata de reconocer lo que esta práctica implica en la nueva situación histórica en la que vivimos.

Una vez, cuando todo el ambiente era cristiano e impregnado de fe, esta fe podía florecer, aunque gradualmente. El acto de fe libre y personal era «suplido por la Iglesia» y expresado, como a través de una persona intermediaria, por padres y padrinos. Ahora ya no es así. El ambiente en el que el niño crece no es tal que le ayude a hacer florecer la fe en él; la familia a menudo no suele serlo, la escuela no lo es todavía más, y menos que todo lo es la sociedad y la cultura.

Por eso hablaba del bautismo como un sacramento «atado». Es como un paquete de regalo muy rico, pero que ha permanecido sellado, como ciertos regalos de Navidad olvidados en algún lugar, incluso antes de que se hayan abierto. Quien lo posee tiene los «títulos» para realizar todos los actos necesarios para la vida cristiana y también sacar un cierto fruto, aunque parcial, pero no posee la plenitud de la realidad. En el lenguaje de san Agustín, posee el sacramento (*sacramentum*), pero no —al menos plenamente—, la realidad del mismo (el *res sacramenti*).

Si estamos aquí para meditar en esto, significa que hemos creído, que en nosotros la fe se ha añadido al sacramento. Entonces, ¿qué nos falta todavía? Nos falta la fe-asombro, ese desgranar los ojos y ese *¡Oh*! de asombro al abrir el regalo que es la recompensa más agradecida para quien ha hecho el regalo. El bautismo —decían los Padres griegos— es «iluminación» (*photismos*). ¿Se ha producido alguna vez esta iluminación en nosotros?

Nos preguntamos: ¿es posible —más aún, es lícito— aspirar a este nivel diferente de fe en el que no sólo se cree, sino que se experimenta y se «saborea» la verdad creída? La espiritualidad cristiana ha ido a menudo acompañada de una reserva, o incluso (como en el caso de los reformadores) por un rechazo de la dimensión experiencial y mística de la vida cristiana, vista como cosa inferior y contraria a la fe pura. Pero, a pesar de los abusos, que también se han producido, en la tradición cristiana nunca ha faltado la corriente sapiencial que coloca la cima de la fe en «saborear» la verdad de las cosas creídas, en el «gusto» de la verdad, incluido el sabor amargo de la verdad de la cruz.

En el lenguaje bíblico, *conocer* no significa tener la idea de algo que permanece fuera y separado de mí; significa entrar en relación con ella, experimentarla. (¡Incluso se habla de conocer a la propia esposa, o de conocer la pérdida de los hijos!). El evangelista Juan exclama: «Nosotros hemos *conocido y creído* en el amor que Dios nos tiene» (1 Jn 4,16) y de nuevo: «Hemos *creído y conocido* que tú eres el Santo de Dios» (Jn 6,69). ¿Por qué «conocido y creído»? ¿Qué añade «conocido» a «creído»? Añade esa certeza interior por la que la verdad se impone al espíritu y uno se ve obligado a exclamar dentro de sí mismo: «¡Sí, es verdad, no hay duda, es así!» La verdad *creida* se convierte en realidad *vivida*. «Fides non terminatur ad enuntiabile sed ad rem», escribió santo Tomás de Aquino: «La fe no termina en el enunciado, sino en la realidad»[[4]](#footnote-4). Nunca se deja de descubrir las consecuencias prácticas que se derivan de este principio.

*El papel de la Palabra de Dios*

¿Cómo hacer posible este salto cualitativo de la fe al asombro de saber que somos hijos de Dios? La primera respuesta es: ¡la palabra de Dios! (Hay un segundo medio igualmente esencial —el Espíritu Santo—, pero lo dejamos para la próxima meditación). San Gregorio Magno compara la Palabra de Dios con el pedernal, es decir, con la piedra que un tiempo sirvió para producir chispas y encender fuego. Es necesario, decía, hacer con la Palabra de Dios lo que se hace con el pedernal: golpearla repetidamente hasta que se produzca la chispa[[5]](#footnote-5). Rumiarla, repetirla, incluso en voz alta.

En un tiempo de oración o adoración tratamos de repetir dentro de nosotros mismos, incansablemente y con un deseo vivo: «¡Hijo de Dios! Soy hijo, soy hija de Dios. ¡Dios es mi padre!» O simplemente decir: «Padre nuestro que estás en el cielo», repitiéndolo durante mucho tiempo, sin pasar adelante. Aquí es más necesario que nunca recordar las palabras de Jesús: «Llamad y se os abrirá» (Mt 7,7). Tarde o temprano, cuando quizás menos lo esperes, sucederá: la realidad de las palabras, aunque solo sea por un momento, explotará dentro de ti y será suficiente para el resto de tu vida. Pero incluso si no sucede nada llamativo, has de saber que has obtenido lo esencial; el resto se te dará en el cielo. Porque “ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado todavía lo que seremos. Sabemos que, cuando se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal cual es” (1 Jn 3, 2)

*¡Hermanos todos!*

Un resultado inmediato de todo esto es que tomas conciencia de tu dignidad. «Reconoce, oh cristiano, tu dignidad —nos exhortará san León Magno en la noche de Navidad— y, hecho partícipe de la naturaleza divina, no quieras volver a la abyección del pasado»[[6]](#footnote-6). ¿Qué dignidad puede haber mayor que la de ser hijo de Dios? Se dice que la hija de un rey de Francia, orgullosa y astuta, reprendía constantemente a uno de sus sirvientas y un día le gritó en la cara: «¿No sabes que soy la hija de tu rey?» A lo que la sirvienta respondió: «¿Y no sabes que soy la hija de tu Dios?»

Otro resultado, aún más importante, es que tomas conciencia de la dignidad de los demás, también ellos hijos e hijas de Dios. Para nosotros, los cristianos, la fraternidad humana tiene su razón última en el hecho de que Dios es padre de todos, que todos somos hijos e hijas de Dios y, por lo tanto, hermanos y hermanas entre nosotros. No puede haber un vínculo más fuerte que este y, para nosotros los cristianos, una razón más urgente para promover la fraternidad universal. San Cipriano decía: «No puede tener a Dios como padre quien no tiene a la Iglesia como madre»[[7]](#footnote-7). Hay que añadir: «No puede tener a Dios como padre el que no tiene al prójimo como hermano».

Una cosa, por lo tanto, trataremos de no hacer más. No diremos, ni siquiera tácitamente, a Dios Padre: «Escoge: o yo, o mi adversario; ¡declara de qué lado estás!» No se puede imponer a un padre esta cruel alternativa de elegir entre dos hijos, solo porque están peleados entre sí. Por lo tanto, no tentaremos a Dios, pidiéndole que se case con nuestra causa contra el hermano.

Cuando estemos en desacuerdo con un hermano, incluso antes de hacer valer y discutir nuestro punto de vista (que también es lícito y a veces debido), le diremos a Dios: «Padre, salva a ese hermano mío, sálvanos a los dos; no deseo tener razón y que él esté equivocado. Quiero que también él esté en la verdad, o al menos en la buena fe». Esta misericordia de unos a otros es indispensable para vivir la vida del Espíritu y la vida comunitaria en todas sus formas. Es indispensable para la familia y para toda comunidad humana y religiosa, incluida la Curia Romana. Nosotros, dice san Agustín, somos vasijas de barro: nos hacemos daño sólo tocándonos[[8]](#footnote-8).

Hemos recordado antes las exclamaciones de santa Margarita de Cortona al sentirse interiormente llamada por Dios «hija mía»: «Soy su hija, él lo ha dicho... ¡Océano de alegría! ¡Hija mía! ¡Lo ha dicho mi Dios! ¡Hija mía!» Si pudiéramos experimentar algo parecido, escuchando esa misma voz de Dios, no resonando en nuestra mente (¡que se puede engañar!), sino escrita, en blanco y negro, en la página de la Biblia que estamos meditando: «Ya no eres esclavo, sino hijo. ¡Y si hijo, también heredero!»

El Espíritu Santo, veremos la próxima vez si Dios quiere, está listo para ayudarnos en esta empresa.

\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_

Traducción de Pablo Cervera Barranco

P. Raniero Cantalamessa ofmcap

**«DIOS ENVIÓ A NUESTROS CORAZONES EL ESPÍRITU DE SU HIJO»**

Segunda Predicación de Adviento 2021

En [1882](https://it.wikipedia.org/wiki/1882) el arqueólogo William M. Ramsay descubrió en Hierópolis, en [Frigia](https://it.wikipedia.org/wiki/Frigia), una antigua inscripción griega. El hallazgo fue donado por el sultán Abdul Hamid al papa León XIII en [1892](https://it.wikipedia.org/wiki/1892), con ocasión de su jubileo. Desde el Museo de Letrán pasó a continuación al [Museo Pío Cristiano](https://it.wikipedia.org/wiki/Museo_Pio_Cristiano).

El epitafio —definido por los historiadores como «la reina de las inscripciones cristianas»—, contiene el testamento espiritual de un obispo llamado Abercio que vivió hacia finales del siglo II. En él, el autor resume toda su experiencia de la fe cristiana. Lo hace en el lenguaje impuesto en ese momento por la «disciplina de lo arcano», es decir, utilizando metáforas y expresiones, cuyo significado solo los cristianos podían entender, sin exponerse a sí mismos y a los demás a la burla y a la persecución. Escuchémosla de cerca en la parte que más nos interesa:

«Yo, de nombre Abercio, [soy] discípulo del pastor casto con ojos grandes que apacienta rebaños de ovejas por montes y llanuras... Él me enseñó las escrituras dignas de fe; me envió a Roma para contemplar el palacio y ver a una reina con túnicas y zapatos de oro; vi allí a un pueblo con un sello brillante. También visité la llanura de Siria y todas sus ciudades y, más allá del Éufrates, Nisibi. En todas partes encontré hermanos..., tenía a Pablo conmigo, y la Fe me guió en todas partes y me dió de comer un Pez muy grande y puro, que la casta Virgen concibió y que [la Fe] suele dar de comer todos los días a sus fieles amigos, teniendo un excelente vino que hace para dar junto con el pan»[[9]](#footnote-9).

El pastor «de ojos grandes» es Jesús, las escrituras son la Biblia, la reina con las túnicas doradas (alusión al Salmo 45,10) es la Iglesia, el sello es el bautismo; Pablo es, naturalmente, el apóstol; el pez, como en muchos mosaicos antiguos, indica a Cristo; la casta Virgen es María; el pan y el vino, la Eucaristía. A los ojos de Abercio, Roma no es tanto la capital del imperio (que incluso en ese momento está en el apogeo de su poder), sino «el palacio» de otro reino, el centro espiritual de la Iglesia.

Lo que llama la atención en este testamento es la frescura, el entusiasmo y el asombro con que Abercio mira el nuevo mundo que la fe ha abierto de par en par ante él. ¡Para él todo esto no es verdaderamente algo que deba darse por descontado! Es la verdadera novedad del mundo y de la historia. Precisamente lo he recordado por esta razón: porque es el sentimiento que los cristianos de hoy más necesitamos redescubrir. Se trata, una vez más, de mirar las vidrieras de la catedral desde su interior, más que desde la vía pública.

Después de unos sesenta años de predicar en todo el mundo, podría hacer mío el testamento de Abercio, sin tener necesidad siquiera de usar su lenguaje velado. Yo también, dentro de mis posibilidades, he conocido en todas partes este nuevo pueblo a quien la *Lumen Gentium* del Vaticano II define como el pueblo mesiánico que «tienen a Cristo como cabeza, como condición la dignidad y la libertad de los hijos de Dios, por ley el nuevo precepto del amor y como fin el reino de Dios» (cf. LG 9).

El mismo Concilio recuerda que la Iglesia está formada por santos y pecadores; más aún, que ella misma —como realidad concreta e histórica—, es santa y pecadora, «*casta meretrix*», como la llaman algunos Padres[[10]](#footnote-10), y que las dos cosas — pecado y santidad— están presentes en cada miembro suyo, no sólo entre una categoría y otra de ellas. Es correcto, por lo tanto, que nos entristezcamos y lloremos por los pecados de la Iglesia, pero también es correcto y apropiado alegrarnos por su santidad y su belleza. Por una vez elegimos hacer esta segunda cosa, que es quizás la más difícil y descuidada hoy en día.

**La prueba de que somos hijos de Dios**

Volvamos al texto de Gálatas que estamos comentando:

Cuando llegó la plenitud de los tiempos, Dios envió a su Hijo, nacido de una mujer, nacido bajo la Ley, para rescatar a los que estaban bajo la Ley, para que recibiéramos la adopción filial. Y que sois hijos se demuestra por el hecho de que Dios envió a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que clama: «¡*Abbá*! ¡Padre!» Así que ya no eres esclavo, sino hijo, y si eres hijo, también eres heredero por la gracia de Dios.

La última vez meditamos en la primera parte sobre nuestro ser hijos de Dios; meditemos ahora sobre la segunda parte, sobre el papel desempeñado por el Espíritu Santo en todo esto. Debemos tener en cuenta el pasaje casi gemelo de Romanos 8,15-16:

No habéis recibido un espíritu de esclavos para volver a caer en el miedo, sino que habéis recibido el Espíritu que hace hijos adoptivos, a través del cual clamamos: «¡*Abbá*! ¡Padre!» El Espíritu mismo, junto con nuestro espíritu, testifica que somos hijos de Dios.

La última vez hablé de la importancia de la Palabra de Dios para saborear la dulzura de saberse hijos de Dios y experimentar a Dios como Padre bueno. San Pablo nos dice ahora que hay otro medio sin el cual, incluso la Palabra de Dios, es insuficiente: ¡el Espíritu Santo!

San Buenaventura termina su tratado *Itinerario de la mente* *a Dios* con una frase alusiva y misteriosa; dice: «Nadie conoce esta sabiduría mística secretísima, excepto quien la recibe; nadie la recibe excepto quien lo desea; nadie la desea excepto quien está inflamado en las profundidades del Espíritu Santo enviado por Cristo a la tierra»[[11]](#footnote-11). En otras palabras, podemos desear tener un conocimiento vivo de ser hijos de Dios y experimentarlo, pero obtener esto es obra solo del Espíritu Santo.

¿El Espíritu «testifica» que somos hijos de Dios? ¿Qué significan estas palabras? No se puede tratar de una especie de atestado externo y jurídico como en las adopciones naturales, o como lo es el certificado de bautismo. Si el Espíritu es «prueba» de que somos hijos de Dios, si Él lo «testifica» a nuestro espíritu, no puede ser algo que sucede en alguna parte, pero de lo que no tengamos percepción ni confirmación.

Desgraciadamente, así es como se nos lleva a pensar. Sí, en el bautismo nos hemos convertido en hijos de Dios, miembros de Cristo, el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones..., pero todo esto por fe, sin que nada se mueva dentro de nosotros. Creído con la mente, pero no vivido con el corazón. ¿Cómo cambiar esta situación? El Apóstol nos dio la respuesta: ¡El Espíritu Santo! No sólo el Espíritu Santo que hemos recibido en el bautismo, sino el que debemos pedir y recibir siempre de manera nueva. El Espíritu «testimonia» que somos hijos de Dios; ahora testimonia, no «testimonió», se entiende de una vez por todas en el bautismo.

Por lo tanto tratemos de entender cómo el Espíritu Santo obra este milagro de abrir nuestros ojos a la realidad que llevamos dentro. La mejor descripción de cómo el Espíritu Santo lleva a cabo esta operación en el creyente la he encontrado en un discurso para el Pentecostés de Lutero. (Seguimos, con él, el criterio paulino de «examinarlo todo y quedarnos con lo bueno»).

Mientras el hombre viva en el régimen del pecado, bajo la ley, Dios se le aparece como un dueño severo, uno que opone a la satisfacción de sus deseos terrenales con eso perentorios suyos: «Debes..., no debes». No tienes que desear las cosas de los demás, la mujer de los demás... En este estado, el hombre acumula en lo más profundo de su corazón un resentimiento sordo contra Dios, lo ve como un adversario de su felicidad, hasta el punto de que, si dependiera de él, sería muy feliz si no existiera[[12]](#footnote-12).

Si todo esto nos parece una reconstrucción exagerada, como grandes pecadores, que no nos concierne de cerca, miremos dentro de nosotros mismos y observemos lo que sale del fondo oscuro de nuestro corazón ante una voluntad de Dios, o una obediencia que atraviesa nuestros planes. En las tandas de Ejercicios Espirituales que tengo ocasión de predicar suelo proponer a los participantes que se sometan a una prueba psicológica por su cuenta para descubrir qué idea de Dios prevalece en ellos. Invito a que se pregunten: ¿qué sentimientos, qué asociaciones de ideas surgen espontáneamente en mí, antes de cualquier reflexión, cuando, recitando el Padre Nuestro, llego a las palabras: «Hágase tu voluntad»?

No es difícil darse cuenta de que inconscientemente la voluntad de Dios está conectada con todo lo que es desagradable, doloroso y todo lo que constituye una prueba, una exigencia de renuncia, un sacrificio de todo aquello, resumidaente, que puede verse como que mutilan nuestra libertad y desarrollo individual. Pensamos en Dios como si fuera esencialmente el enemigo de toda fiesta, alegría, placer. Si en ese momento pudiéramos mirar nuestra alma como en el espejo, nos veríamos como personas que inclinan la cabeza, resignadas, murmurando entre los dientes: «Si realmente no se puede prescindir... pues bien, hágase tu voluntad».

Veamos qué hace el Espíritu Santo para sanarnos de este terrible engaño heredado de Adán. Al entrar en nosotros, en el bautismo y luego en todos los demás medios de santificación, comienza mostrándonos un rostro diferente de Dios, el rostro que Jesús nos reveló en el Evangelio. Nos lo descubre como un aliado de nuestra alegría, como aquel que por nosotros «ahorró a su propio Hijo» (Rom 8,32).

Poco a poco florece el sentimiento filial, que se traduce espontáneamente en el grito:*¡Abba,* Padre! Estamos listos a decir como Job al final de su historia: “De oídas había oído hablar de ti, pero ahora te veo con mis propios ojos. (Jb 42,5). El hijo ha tomado el lugar del esclavo y el amor el del miedo! El hombre deja de ser el antagonista de Dios y se convierte en su aliado. El pacto con Dios ya no es solo una estructura religiosa en la que se nace, sino un descubrimiento, una elección, una fuente de seguridad inquebrantable: «Si Dios está con nosotros, es nuestro aliado, ¿quién estará en contra de nosotros?» (cf. Rom 8,31).

**La oración de los hijos**

El lugar privilegiado en el que el Espíritu Santo obra siempre de nuevo el milagro de hacernos sentir hijos de Dios es la oración. El Espíritu no da un *ley* de oración, sino una *gracia* de oración. La oración no viene a nosotros, principalmente, por el aprendizaje externo y analítico, sino que viene a nosotros por infusión, como don. ¡Esta es la «buena noticia» sobre la oración cristiana! La fuente misma de la oración viene a nosotros y consiste en el hecho de que «Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama: ¡*Abbá*, Padre!» (Gál 4,6).

El grito del creyente *¡Abba!* muestra, por sí solo, que quien ora en nosotros, a través del Espíritu, es Jesús, el Hijo unigénito de Dios. Por sí mismo, de hecho, el Espíritu Santo no podía dirigirse a Dios, llamándolo *Abbá*, porque no es «engendrado», sino que solo «procede» del Padre. Lo puede hacer porque es el Espíritu del Hijo unigénito que continúa la oración de la cabeza en los miembros.

Por tanto, es el Espíritu Santo quien infunde, en el corazón, el sentimiento de la filiación divina, que nos hace *sentirnos* (no sólo *¡sabernos!*) hijos de Dios. A veces esta operación fundamental del Espíritu se lleva a cabo repentina e intensamente, en la vida de una persona, y entonces uno puede contemplar todo su esplendor. Con ocasión de un retiro, de un sacramento recibido con disposiciones especiales, de una palabra de Dios escuchada con un corazón dispuesto, o con ocasión de la oración para la efusión del Espíritu (el llamado «bautismo en el Espíritu»), el alma se inunda con una nueva luz, en la que Dios se revela a ella, de una manera nueva, como Padre. Experimentamos lo que realmente significa la paternidad de Dios; el corazón se enternece y la persona tiene la sensación de renacer de esta experiencia. Dentro de ella aparece una gran confianza y un sentido nunca experimentado de la condescendencia de Dios.

En otras ocasiones, sin embargo, esta revelación del Padre va acompañada de tal sentimiento de la majestad y trascendencia de Dios que el alma está como abrumada y se calla. (¡No estoy describiendo mis experiencias, sino las de los santos!) Se entiende por qué algunos santos empezaban el «Padre Nuestro» y, después de horas, todavía estaban parados en estas primeras palabras. De santa Catalina de Siena, su confesor y biógrafo, el beato Raimundo de Capua, escribe que «difícilmente terminaba el "Padre Nuestro", sin estar ya en éxtasis»[[13]](#footnote-13).

Esta forma vívida de conocer al Padre generalmente no dura mucho, ni siquiera en los santos. Vuelve pronto el momento en que el creyente dice «*¡Abba!»,* sin *sentir* nada, y continúa repitiéndolo solo en la palabra de Jesús. Es el momento, entonces, de recordar que cuanto menos feliz hace ese clamor a quien lo pronuncia, tanto más feliz es el Padre que lo escucha, porque está hecho de pura fe y abandono.

Somos, entonces, como aquel famoso músico (hablo de Beethoven) que, habiéndose quedado sordo, siguió componiendo e interpretando espléndidas sinfonías para deleite de quien escuchaba, sin que él pudiera saborear una sola nota. Hasta el punto de que cuando el público, tras escuchar una de sus obras (la famosa Novena Sinfonía) explotó en un huracán de aplausos, tuvieron que tirar de la solapa de su traje para que se diera cuenta de ello y se girara para dar las gracias. La sordera, en lugar de apagar su música, la hizo más pura y también lo hace la aridez con nuestra oración si perseveramos en ella.

Cuando se habla de la exclamación «¡*Abbá* Padre!», solemos pensar solo en lo que esta palabra significa para quien la pronuncian, en lo que nos concierne. Uno casi nunca piensa en lo que significa para Dios que la escucha y lo que produce en él. En definitiva, no se piensa en la alegría de Dios por sentirse llamado papá. Pero es Padre, sabe lo que se experimenta al ser llamado así con el inconfundible timbre de voz del propio hijo o hija. Es como convertirse en padre cada vez, porque cada vez ese llanto te recuerda y te hace darte cuenta de que lo eres; llama a la existencia a la parte más recóndita de ti mismo.

Jesús sabía esto, por eso llamó a Dios tan a menudo. *¡Abbá!* y nos enseñó a hacer lo mismo. Le damos a Dios una alegría simple y única al llamarlo papá: la alegría de la paternidad. Su corazón «se conmueve» dentro de él, sus entrañas «se estremecen de compasión», al sentirse llamado así (cf. Os 11, 8). Y todo esto dije que lo podemos hacer incluso cuando no «sentimos» nada.

Precisamente en este tiempo de aparente lejanía de Dios y aridez descubrimos toda la importancia del Espíritu Santo para nuestra vida de oración. Él —a quien no hemos visto y oído—, «viene en ayuda de nuestra debilidad», llena nuestras palabras y nuestros gemidos de deseo de Dios, de humildad y de amor, «y quien escudriña los corazones y sabe cuáles son los deseos del Espíritu» (cf. Rom 8, 26-27). El Espíritu se convierte, entonces, en la fuerza de nuestra oración «débil», en la luz de nuestra oración apagada; en una palabra, en el alma de nuestra oración. Realmente, «riega lo que está árido», como decimos en la secuencia en su honor.

Todo esto sucede por fe. Basta con que yo diga o piense: «Padre, me has dado el Espíritu de Jesús tu Hijo; formando así «un solo espíritu con él» (1 Cor 6,17), recito este salmo, celebro esta Santa Misa, o simplemente estoy en silencio, aquí en tu presencia. Quiero darte esa gloria y esa alegría que Jesús te daría, si fuera él quien te rezara de nuevo desde la tierra».

**Lo que el Espíritu le dice a la Iglesia**

Antes de concluir, quisiera aludir a una aplicación pastoral de esta reflexión sobre el papel del Espíritu Santo. He citado en otras ocasiones las palabras que el metropolita ortodoxo Ignacio de Latakia pronunció en una solemne reunión ecuménica en 1968, pero vale la pena escucharlas de nuevo aquí:

«Sin el Espíritu Santo:

Dios está muy lejos,

Cristo permanece en el pasado,

el Evangelio es letra muerta,

la Iglesia, una organización sencilla,

la autoridad una dominación,

la misión una propaganda,

el culto una evocación,

el obrar cristiano una moral de esclavos.

Pero, con el Espíritu Santo:

el cosmos se levanta y gime en el nacimiento del reino,

el hombre lucha contra la carne,

Cristo está presente,

el evangelio es el potencia de vida,

la Iglesia, signo de la comunión trinitaria,

la autoridad servicio liberador,

la misión un Pentecostés,

la liturgia memorial y anticipación,

el obrar humano es divinizado»[[14]](#footnote-14).

Debemos basar todo en el Espíritu Santo. No basta con recitar un Padrenuestro, Avemaría y Gloria, al comienzo de nuestras reuniones pastorales, para luego pasar rápidamente al orden del día. Cuando las circunstancias lo permiten, hay que permanecer expuestos al Espíritu Santo durante un tiempo, darle tiempo para manifestarse. Sintonizarse con él

Sin estas premisas, las resoluciones y los documentos siguen siendo palabras que se añaden a palabras. Sucede como en el sacrificio de Elías en el Carmelo. Elías recogió la madera, la mojó siete veces; hizo todo lo que podía; luego oró al Señor para que hiciera bajar el fuego del cielo y consumara el sacrificio. Sin ese fuego de lo alto, todo habría quedado solo en madera húmeda (cf. 1 Re 18,20s.).

Estas son cosas que, sin aspavientos, comienzan a realizarse en la Iglesia. Este año recibí una carta del párroco de una diócesis francesa. Dijo: «Desde hace casi tres años, nuestro arzobispo nos ha lanzado a todos a la aventura misionera y ha constituido una fraternidad de misioneros diocesanos. Nos hemos propuesto vivir un ciclo de preparación para el bautismo en el Espíritu. Fue una experiencia muy hermosa con 300 cristianos de toda la diócesis, junto con el Arzobispo. Poco después, las 28 clarisas de un monasterio cercano pidieron hacer la misma experiencia».

No se deben esperar respuestas inmediatas y espectaculares. La nuestra no es una danza del fuego, como la de los sacerdotes de Baal en el Carmelo. Los tiempos y los caminos son conocidos por Dios. Recordemos la palabra de Cristo a sus apóstoles: «No os toca a vosotros conocer los tiempos o momentos que el Padre ha reservado para su poder, sino que recibiréis la fuerza del Espíritu Santo que descenderá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra» (Hch 1,7-8). Lo importante es pedir y recibir fuerza de lo alto; la forma de manifestarse debe dejarse a Dios.

Esta necesidad se impone de modo particular en el momento en que la Iglesia se lanza a la aventura sinodal. Sobre este punto sólo queda releer y meditar las palabras pronunciadas por el Santo Padre en la homilía para la apertura del Sínodo del pasado 10 de octubre. En ella exhortaba a tomar «un tiempo para dar espacio a la oración, a la adoración, a lo que el Espíritu quiere decir a la Iglesia».

Me pregunto si, al menos en las asambleas plenarias de cada circunscripción, local o universal, es posible designar a un animador espiritual para organizar tiempos de oración y de escucha de la Palabra, al margen de las reuniones. «El testimonio de Jesús es el espíritu de profecía», dice el libro del Apocalipsis (Apoc 19,10). El espíritu de profecía se manifiesta preferentemente en un contexto de oración comunitaria.

Tenemos un ejemplo maravilloso de todo esto con ocasión de la primera crisis que la Iglesia tuvo que afrontar en su misión de proclamar el Evangelio. Pedro y Juan son arrestados y encarcelados por haber «anunciado en Jesús la resurrección de los muertos». Son liberados por el Sanedrín con el mandato de «no hablar en modo alguno ni enseñar en el nombre de Jesús». Los apóstoles se encuentran ante una situación que se repetirá muchas veces a lo largo de la historia: callar, fallando al mandato de Jesús, o hablar con el riesgo de una intervención brutal de la autoridad que ponga fin a todo.

¿Qué hacen los apóstoles? Van a la comunidad. Esta reza. Uno proclama el versículo del salmo: «Los reyes de la tierra se levantaron, y los príncipes se aliaron contra el Señor y contra su Cristo» (Sal 2,2). Otro lo aplica a lo que sucedió en la alianza entre Herodes y Poncio Pilato respecto de Jesús. «Cuando terminaron la oración —se lee—, el lugar donde estaban reunidos tembló y todos fueron llenados del Espíritu Santo y proclamaban la palabra de Dios con franqueza (*parrhesia*)» (cf. Hch 4,1-31). Pablo muestra que esta praxis no quedó aislada en la Iglesia: «Cuando os reunís —escribe a los Corintios—, uno tiene un salmo, otro tiene una enseñanza; uno tiene una revelación, uno tiene el don de lenguas, otro tiene el don de interpretarlas» (1 Cor 14,26).

Lo ideal para cualquier resolución sinodal sería poderla anunciar —al menos idealmente— a la Iglesia con las palabras de su primer concilio. «Nos ha parecido bien al Espíritu Santo y a nosotros...» (Hch 15,28). El Espíritu Santo es el único que abre nuevos caminos, sin negar nunca los antiguos. ¡No hace cosas nuevas, sino que hace nuevas las cosas! Es decir, no crea nuevas doctrinas o nuevas instituciones, sino que renueva y vivifica las que Jesús ha instituido. Sin él, siempre llegaremos tarde a la historia. «El Espíritu Santo —decía el Santo Padre en la homilía recordada— sopla de manera siempre sorprendente, para sugerir nuevos itinerarios y lenguajes». Él —añado yo—, es el maestro de ese *aggiornamento* que san Juan XXIII planteó como objetivo del Concilio. ¡El Concilio debía llevar a cabo un nuevo Pentecostés y el nuevo Pentecostés debe ahora llevar a cabo el Concilio!

La Iglesia latina posee un tesoro para este fin: el himno *Veni Creador Spiritus*. Desde que fue compuesto en el siglo IX, ha resonado incesantemente en la cristiandad, como una epíclesis prolongada sobre toda la creación y sobre la Iglesia. Desde los primeros años del segundo milenio, cada nuevo año, cada siglo, cada cónclave, cada concilio ecuménico, cada sínodo, cada ordenación sacerdotal o episcopal, cada encuentro importante en la vida de la Iglesia se han abierto con el canto de este himno. Recuerdo que con un solemne canto del mismo, san Juan Pablo II abrió el nuevo milenio en San Pedro. Se ha llenado de toda la fe, la devoción y el ardiente deseo del Espíritu de las generaciones que lo han cantado antes que nosotros. Y ahora, cuando es cantado, incluso por el coro más modesto de fieles, Dios lo escucha de esta manera, con esta inmensa «orquestación» que es la comunión de los santos.

Os pido la caridad, venerados Padres, hermanos y hermanas, de que os levantéis y lo cantéis conmigo para invocar una renovada efusión del Espíritu sobre nosotros y sobre toda la Iglesia.

*© Traducido del original italiano por Pablo Cervera Barranco*

P. Raniero Cantalamessa, ofmcap

**«NACIDO DE UNA MUJER»**

Tercera Predicación de Adviento 2021

«Cuando llegó la plenitud de los tiempos, Dios envió a su Hijo, nacido de una mujer». Sobre el significado y la importancia de estas dos últimas palabras —«nacido de una mujer»— queremos reflexionar en esta última meditación, también por su conexión con la solemnidad de la Navidad que nos disponemos a celebrar.

En la Biblia, la expresión «nacido de mujer» indica la pertenencia a la condición humana hecha de debilidad y mortalidad[[15]](#footnote-15). Basta con tratar de eliminar estas tres palabras del texto para darse cuenta de su importancia. ¿Qué sería de Cristo sin ellas? Una aparición celestial, desencarnada. El ángel Gabriel también fue «enviado» por Dios, pero para regresar luego al cielo tal como había descendido de él. La mujer, María, es la que «ancló» para siempre al Hijo de Dios a la humanidad y a la historia.

Así leyeron las palabras de Pablo los Padres de la Iglesia que tuvieron que luchar contra la herejía gnóstica y doceta. Destacan con razón el paralelismo entre la expresión «nacido de mujer» y la que el mismo Pablo usa en Romanos 1,3: «de la semilla de David según la carne»[[16]](#footnote-16). Ignacio de Antioquía tiene una expresión de vértigo: dice que Jesús «nació de María y de Dios»[[17]](#footnote-17), casi como cuando nosotros decimos de alguien que es hijo de tal y de la tal. De hecho, en todo el universo, María es la única que puede dirigirse a Jesús con las mismas palabras del Padre celestial: «Tú eres mi hijo, yo te he engendrado».

El Apóstol —señala Tertuliano— no dice «*factum per mulierem»,* sino *«factum ex muliere»*, es decir, nacido *de* mujer, no *a través de* la mujer. La razón es que, mientras tanto, la herejía doceta había evolucionado y había tomado una apariencia menos radical. Sostenía que Jesús tenía ciertamente una carne, pero de origen celestial, no terrenal, pasada a través de María como a través de un canal, teniendo en ella un camino, no una madre[[18]](#footnote-18). San León Magno colocará la expresión paulina «nacido de mujer» en el corazón del dogma cristológico, escribiendo en el *Tomo a Flaviano* que Cristo es «hombre por el hecho de que "nació de una mujer y nació bajo la ley"... El nacimiento en la carne es una prueba clara de su naturaleza humana»[[19]](#footnote-19).

También a propósito de la expresión paulina «nacido de la mujer» vemos que se realiza el gran principio exegético formulado por san Gregorio Magno, es decir, que «la Escritura crece en la medida en que es leída»[[20]](#footnote-20). Ya san Ireneo lee Gálatas 4,2, «nacido de mujer», a la luz de Génesis 3,15: «Pondré enemistad entre ti y la mujer»[[21]](#footnote-21). ¡María aparece como la mujer que recapitula a Eva, la madre de todos los vivientes! No se trata de una aparición marginal que entra en escena para luego desaparecer en la nada. Es el punto de llegada de una tradición bíblica que cruza toda la Biblia de un extremo a otro. Comienza con la mujer «hija de Sión» que es la personificación de todo el pueblo de Israel y termina con la mujer «vestida de sol con la luna bajo sus pies» del Apocalipsis (Apoc 12,1) que representa a la Iglesia.

«Mujer» es el término con el que Jesús se dirige a su madre en Caná y bajo la cruz. Es difícil, por no decir imposible, no ver un vínculo, en el pensamiento de Juan, entre las dos mujeres: la mujer simbólica que es la Iglesia y la mujer real que es María. Dicho vínculo es recibido en la *Lumen gentium* del Vaticano II que, precisamente por esto, trata de María dentro de la constitución sobre la Iglesia.

**Cristo debe nacer de la Iglesia**

Desde hace algún tiempo, se habla mucho de la dignidad de la mujer. San Juan Pablo II escribió una Carta Apostólica sobre este tema, la *Mulieris dignitatem*. Por mucha dignidad que las criaturas humanas podamos atribuir a la mujer, siempre permaneceremos infinitamente por debajo de lo que Dios hizo al elegir a una de ellas para ser la madre de su Hijo hecho hombre, « aunque tuviéramos tantas lenguas como hojas de hierba hay»[[22]](#footnote-22).

Mucho se ha hecho en los últimos tiempos para aumentar la presencia de las mujeres en las esferas de toma de decisiones de la Iglesia y tal vez quede mucho por hacer. Pero no es eso de lo que deberíamos tratar aquí. En cambio, debemos ocuparnos de otra área, en la que la distinción entre hombre y mujer no tiene importancia, porque la mujer de la que estamos hablando representa a toda la Iglesia, es decir, hombres y mujeres por igual.

En resumen, es esto: Jesús, que una vez nació física y corporalmente de María, ahora debe nacer espiritualmente de la Iglesia y de cada creyente. Una tradición exegética que, en su núcleo inicial se remonta a Orígenes, ha cristalizado en la fórmula: «*Maria, vel Ecclesia, vel anima»:* María, es decir, la Iglesia, es decir, el alma. Escuchemos cómo un autor medieval, Isaac de Stella, formula esta doctrina:

En las Escrituras divinamente inspiradas, lo que se dice universalmente de la Virgen Madre Iglesia se entiende de una manera singular de la Virgen Madre María; y lo que se dice de manera especial sobre María se entiende en un sentido general de la Iglesia Virgen Madre. Finalmente, cada alma fiel, esposa del Verbo de Dios, madre, hija y hermana de Cristo, también es considerada a su manera virgen y fecunda. La misma Sabiduría de Dios que es el Verbo del Padre aplica, pues, universalmente a la Iglesia lo que se dice especialmente de María, e individualmente también de cada alma creyente[[23]](#footnote-23).

Comencemos por la aplicación eclesial. Si en el «sentido más pleno» (el llamado *sensus plenior*), la mujer en las Escrituras indica la Iglesia, ¡entonces la afirmación de que Jesús nació de una mujer implica que debe nacer de la Iglesia hoy!

Hay un icono muy difundido entre los cristianos ortodoxos que se llama la *Panhagia*, es decir, la Toda Santa. En ella vemos a María de pie, en plena estatura. Sobre su pecho, como si estallara desde dentro, sobresale el niño Jesús que tiene la majestad de un adulto. La mirada del devoto es atraída por el niño, incluso antes que por la madre. De hecho, ella está con los brazos levantados, casi invitando a mirarlo y a hacerle espacio. Así debería ser la Iglesia. Quien lo mira no debería detenerse en ella, sino ver a Jesús. Es la lucha contra la autorreferencialidad de la Iglesia, en la que los dos últimos Sumos Pontífices, Benedicto XVI y el Papa Francisco, han insistido a menudo.

Hay un relato del escritor Franz Kafka que es un símbolo religioso potente en este sentido. Se titula «Un mensaje imperial». Habla de un rey que, en su lecho de muerte, llama a un súbdito a su lado y le susurra un mensaje al oído. Ese mensaje es tan importante que hace que se lo repita, a su vez, en el oído. Luego despide con una indicación al mensajero que emprende el camino. Pero escuchemos directamente del autor la continuación del relato, caracterizada por el tono onírico y casi de pesadilla, típico de este escritor:

Avanzando ahora un brazo y después el otro, el mensajero se abre camino a través de la multitud y avanza ligero como nadie. Pero la multitud es inmensa, sus viviendas exterminadas. ¡Cómo volaría si tuviera luz verde! En cambio, se cansa en vano; todavía continúa luchando a través de las estancias del palacio interior, de las que nunca saldrá. E incluso si esto tuviera éxito, no significaría nada: tendría que luchar para bajar las escaleras. E incluso si esto tuviera éxito, no habría hecho nada todavía: tendría que cruzar los patios; y después de los patios, el segundo círculo de palacios. Si fuera capaz de salir corriendo, finalmente, por la última puerta, pero esto nunca, nunca puede suceder, aquí ante él está la ciudad imperial, el centro del mundo, donde se apilan montañas de sus escombros. Allí en medio, nadie logra avanzar, ni siquiera con el mensaje de un muerto. Tú, mientras tanto, siéntate en tu ventana y sueña con ese mensaje, cuando llegue la noche[[24]](#footnote-24).

Al leer este relato, uno no puede dejar de pensar en Cristo que, antes de abandonar este mundo, confió a la Iglesia el mensaje: «Id por todo el mundo, predicad la buena nueva a toda criatura» (Mc 16,15). Y uno no puede dejar de pensar en los muchos hombres que están en la ventana y sueñan, sin saberlo, con un mensaje como el suyo.

Debemos hacer todo lo posible para que la Iglesia nunca se convierta en ese castillo complicado y desordenado descrito por Kafka, y que el mensaje pueda salir de ella libre y alegre como cuando comenzó su carrera. Sabemos cuáles son los «muros de división» que pueden retener al mensajero. Son, ante todo, los muros que separan a las diversas Iglesias cristianas entre sí, luego el exceso de burocracia, los restos de ceremoniales ahora sin sentido: perifollos, leyes y controversias pasadas, que ahora se han convertido solo en escombros.

Sucede como con ciertos edificios antiguos. A lo largo de los siglos, para adaptarse a las exigencias del momento, se han ido llenando de tabiques, escaleras, habitaciones, habitaciones pequeñas y trasteros. Llega el momento en que nos damos cuenta de que todas estas adaptaciones ya no responden a las necesidades actuales, más aún, son un obstáculo; y entonces debemos tener el coraje de demolerlos y devolver al edificio la simplicidad y linealidad de sus orígenes, en vista de su renovado uso.

Cité este relato y su aplicación a la Iglesia en el discurso que pronuncié en San Pedro el Viernes Santo de 2013, en el primer año de Pontificado del actual Sumo Pontífice. Si me he permitido repetir aquí estos pensamientos, es para dar gracias a Dios por los pasos que la Iglesia ha dado mientras tanto para salir de sí misma e «ir a las periferias existenciales del mundo», llevando el mensaje de Cristo.

**Cristo debe nacer del alma**

Nos queda reflexionar ahora sobre lo que nos concierne a todos sin distinción y más de cerca: el nacimiento de Cristo del alma creyente. «Cristo —escribe san Máximo el Confesor— nace siempre místicamente en el alma, tomando carne de los que están salvados y haciendo del alma que le genera una madre virgen»[[25]](#footnote-25).

Cómo se convierte uno en madre de Cristo, nos lo explica Jesús en el Evangelio: escuchando, dice, la Palabra y poniéndola en práctica (Cf. Lc 8,21). Es importante notar que hay dos operaciones a realizar. María también se convirtió en la madre de Cristo a través de dos momentos: primero concibiéndolo, luego dándolo a luz.

Hay dos maternidades incompletas o dos tipos de interrupción de maternidad. Uno es la antigua y conocida del aborto. Sucede cuando se concibe una vida pero no se da a luz, porque, mientras tanto, ya sea por causas naturales o por el pecado de los hombres, el feto está muerto. Hasta hace poco, este era el único caso conocido de maternidad incompleta. Hoy se conoce otra que consiste, por el contrario, en dar a luz a un niño sin haberlo concebido. Este es el caso de hijos concebidos en un tubo de ensayo e introducidos en el útero de una mujer, o en el caso del útero prestado para albergar, tal vez mediante un pago, vidas humanas concebidas en otro lugar. En este caso, lo que la mujer da a luz no viene de ella, no se concibe «primero en el corazón y luego en el cuerpo», como dice Agustín de María[[26]](#footnote-26).

Por desagracia también en el nivel espiritual existen estas dos tristes posibilidades. Concibe a Jesús sin darlo a luz el que acoge la Palabra, sin ponerla en práctica; quien continúa haciendo un aborto espiritual tras otro, formulando propósitos de conversión que luego son sistemáticamente olvidados y abandonados a mitad de camino. Son, dice Santiago, los que se miran rápidamente en el espejo y luego se van olvidando de cómo eran (cf. Sant 1,23-24).

Por el contrario, da a luz a Cristo sin haberlo concebido aquel que hace muchas obras, incluso buenas, pero que no provienen del corazón, del amor a Dios y de recta intención, sino de la costumbre, de la hipocresía, de la búsqueda de la propia gloria y del propio interés, o simplemente de la satisfacción que da el hacer. Nuestras obras son «buenas» sólo si vienen del corazón, si son concebidas por amor de Dios y en la fe. En otras palabras, si la intención que nos guía es recta, o al menos nos esforzamos por rectificarla.

San Francisco de Asís tiene una palabra que resume bien lo que me urge destacar:

Somos madres de Cristo —dice— cuando lo llevamos en el corazón y en nuestro cuerpo por medio del amor divino y de la conciencia pura y sincera; lo generamos a través de las obras santas, que deben brillar a los demás en el ejemplo[[27]](#footnote-27).

Nosotros, quiere decir, concebimos a Cristo cuando lo amamos con sinceridad de corazón y con rectitud de conciencia, y lo damos a luz cuando realizamos obras santas que lo manifiestan al mundo y dan gloria al Padre que está en los cielos. (cf. Mt 5,16). San Buenaventura desarrolló este pensamiento de su Seráfico Padre en un folleto titulado «Las cinco fiestas del Niño Jesús»[[28]](#footnote-28). Tales fiestas son para él: la concepción, el nacimiento, la circuncisión, la Epifanía y la Presentación en el templo. El Santo explica cómo celebrar espiritualmente cada una de estas fiestas en la propia vida. Me limito a lo que dice sobre las dos primeras fiestas: la concepción y el nacimiento.

Para san Buenaventura, el alma concibe a Jesús cuando, insatisfecha con la vida que lleva, estimulada por inspiraciones santas y encendida con santo ardor, finalmente se separa resueltamente de sus viejos hábitos y defectos, es como si fuera espiritualmente fecundada por la gracia del Espíritu Santo y concibe el propósito de una nueva vida. ¡La concepción de Cristo ha tenido lugar!

Una vez concebido, el bendito Hijo de Dios nace en el corazón, cuando, después de haber hecho un sano discernimiento, pedido el consejo apropiado e invocado la ayuda de Dios, el alma inmediatamente pone en obra su santo propósito, comenzando a darse cuenta de lo que había estado madurando durante algún tiempo, pero que siempre había pospuesto por temor a no ser capaz de ello.

Pero es necesario insistir en una cosa: este propósito de nueva vida debe traducirse, sin demora, en algo concreto, en un cambio, a ser posible incluso externo y visible, en nuestra vida y en nuestros hábitos. Si el propósito no se pone en acción, Jesús es concebido, pero no nace. Es uno de los muchos abortos espirituales. ¡Nunca se celebrará «la segunda fiesta» del Niño Jesús, que es la Navidad! Es uno de los muchos aplazamientos, de los cuales quizá nuestra vida ha sido salpicada.

Un pequeño cambio para empezar podría ser hacer silencio a nuestro alrededor y dentro de nosotros. "Qué lindo sería - dijo el Santo Padre en la última audiencia general - si cada uno de nosotros, siguiendo el ejemplo de San José, pudiéramos recuperar esta dimensión contemplativa de la vida abierta por el silencio". Una antigua antífona de la época navideña decía que la Palabra de Dios descendió del cielo *dum* *medium silentium tenerent omnia*: "mientras todo alrededor era silencio".

En primer lugar, tratemos de silenciar el ruido que hay dentro de nosotros, los procesos que siempre están ocurriendo en nuestra mente, sobre personas y hechos, de los que inevitablemente salimos como ganadores. Transformémonos a veces de acusadores en defensores de los hermanos, pensando en cuántas cosas nos pueden culpar los demás. En los juicios canónicos - al menos en el pasado - después de la acusación, el juez pronunciaba la fórmula: "*Audiatur et altera pars*": Ahora se escuche la parte contraria. Cuando nos damos cuenta de que estamos juzgando a alguien, aprendemos a repetirnos perentoriamente esa fórmula: ¡*Audiatur et altera pars*! ¡Intenta ponerte en el lugar del hermano!

Volvamos con nuestros pensamientos a María. Tolstoi hace una observación sobre la embarazada que puede ayudarnos a comprender e imitar a la Virgen en este final de Adviento. La mirada de la mujer embarazada, dice, tiene una extraña dulzura y se vuelve más dentro que fuera de ella, porque dentro de ella está la realidad más hermosa del mundo. Así que fue la mirada de María quien llevaba en su vientre al creador del universo. Imitémosla labrando para nosotros momentos de verdadero recogimiento para dar acoger a Jesús en nuestro corazón. La mejor respuesta al intento de la cultura secularizada de borrar la Navidad de la sociedad es internalizarla y devolverla a su esencia.

Se va a concluir el año en que se ha celebrado el séptimo centenario de la muerte de Dante Alighieri. Terminemos haciendo nuestra la maravillosa oración a la Virgen del último canto de su Paraíso. Dante también, como Pablo y Juan, simplemente llama a María «la Mujer»:

*«¡Oh Virgen Madre, oh Hija de tu Hijo,  
alta y humilde más que otra criatura,  
término fijo de Eterno Decreto,*

*Tú eres quien hizo a la humana natura  
tan noble, que su autor no desdeñara  
convertirse a sí mismo en su creación.*

*Dentro del viento tuyo ardió el amor,  
cuyo calor en esta paz eterna  
hizo que germinaran estas flores.*

*Aquí nos eres rostro meridiano  
de caridad, y abajo, a los mortales,  
de la esperanza eres fuente vivaz.*

*Mujer, eres tan grande y vales tanto,  
que quien desea gracia y no te ruega  
quiere su desear volar sin alas.*

*Mas tu benignidad no sólo ayuda  
a quien lo pide, y muchas ocasiones  
se adelanta al pedirlo generosa.*

*En ti misericordia, en ti bondad,  
en ti magnificencia, en ti se encuentra  
todo cuanto hay de bueno en las criaturas».*

Santo Padre, Venerables Padres, hermanos y hermanas, ¡Feliz Navidad!

*© Traducido del original italiano por Pablo Cervera Barranco*

1. Juan Pablo II, *Ecclesia de Eucharistia*, 6. [↑](#footnote-ref-1)
2. G. Bevegnati, *Vita e miracoli della Beata Margherita da Cortona,* II, 6 (Vicenza 1978) 19s.). [↑](#footnote-ref-2)
3. Cf. A. Michel, «Reviviscence des sacrements»: en DTC XIII,2 (París 1937) coll. 2618-2628. [↑](#footnote-ref-3)
4. *Summa theologiae*, II-II, q. 1, a. 2, ad 2. [↑](#footnote-ref-4)
5. Gregorio Magno, *Homilías sobre Ezequiel*, I,2,1. [↑](#footnote-ref-5)
6. León Magno, *Sermón 1 sobre la Navidad*, 3. [↑](#footnote-ref-6)
7. Cipriano, *De unitate Ecclesiae*, 6. [↑](#footnote-ref-7)
8. Agustín, *Discursos*, 69: PL 38,440 (*lutea vasa sibi invicem angustias facientes*). [↑](#footnote-ref-8)
9. En *Enchiridion Fontium Historiae Ecclesiasticae Antiquae* (Herder 1965) 92-94. [↑](#footnote-ref-9)
10. Cf. H.U. von Balthasar, «Casta meretrix», en *Sponsa Christi* (Morcelliana, Brescia 1969). [↑](#footnote-ref-10)
11. Buenaventura, *Itinerario de la mente a Dios* 7,4. [↑](#footnote-ref-11)
12. Cf. Lutero, *Sermón de Pentecostés* (WA, 12, 568s.). [↑](#footnote-ref-12)
13. Raimundo de Capua, *Leyenda mayor,* 113. [↑](#footnote-ref-13)
14. Metropolita Ignacio de Latakia, en *The Uppsala Report* Ginebra 1969) 298. [↑](#footnote-ref-14)
15. Cf Job 14.1; 15,14; 25.4. [↑](#footnote-ref-15)
16. Ignacio de Antioquía, *Trallianos* 9,1; *Esmirnos* 1, Ireneo de Lyon, *Adv. Haer*. III, 16,3. [↑](#footnote-ref-16)
17. Ignacio de Antioquía,, *Efesios*, 7,1 [↑](#footnote-ref-17)
18. Cf. Tertuliano, *De carne Christi*, 20. [↑](#footnote-ref-18)
19. León Magno, *Carta 28 a Flaviano*, 4. [↑](#footnote-ref-19)
20. Gregorio Magno, *Comentario moral sobre Job*, XX, 1. [↑](#footnote-ref-20)
21. Ireneo, *Adv. Haer*., IV,40,3. [↑](#footnote-ref-21)
22. LUTERO, *Comentario al Magnificat* (ed. Weimar 7, p. 572 s). [↑](#footnote-ref-22)
23. Isaac de Stella, *Discursos* 51: PL 194, 1863s. [↑](#footnote-ref-23)
24. F. Kafka, *Un messaggio imperiale*, en *Racconti* (Milán 1972) 146s. [↑](#footnote-ref-24)
25. San Máximo Confesor, *Comentario sobre el Padre Nuestro:* PG. 90,889. [↑](#footnote-ref-25)
26. San Agustín, *Sermones,* 215.4: PL 38,1074. [↑](#footnote-ref-26)
27. San Francisco de Asís, *Carta a todos los fieles*, 1. [↑](#footnote-ref-27)
28. San Buenaventura, *De quinque festivitatibus Pueri Jesu* (ed. Quaracchi 1949) 207s. [↑](#footnote-ref-28)